

II



Trinidad Tobago. Dina Rosa. **MACKIE CARIBBEAN MARKET**, Técnica Mixta, 57.5 X 47.5 centímetros. Participante del V Salón de Arte Popular "Salvador Valero". Estado Trujillo, Venezuela.

BANANA BOTTOM Y LA NIÑA DE SUS OJOS:

El mestizaje cultural, una propuesta
para nuestra América (del Caribe a Los Andes)

Fernando Arribas García

Banana Bottom and La Niña de sus Ojos:

ABSTRACT:

Cultural Miscegenation, a Proposal for "Nuestra América" (From The Caribbean to The Andes). This article intends to show by way of example, through the direct comparison of two novels, one jamaican and one bolivian, the basic affinities between the social and cultural structures of both countries as "reflected" in these two books, and, simultaneously, the similarity of the reaction of each literary system to those structures. In particular, it deals with **Banana Bottom**, by Jamaican writer Claude McKay, and **La niña de sus ojos**, by Bolivian novelist Antonio Díaz Villamil, two novels that bear witness to the persistency in both countries of a pending socio-cultural conflict between two separate and opposed segments of these societies, and that offer the same proposal to their respective societies and to our whole continent: cultural "miscegenation".

I

Con creciente frecuencia se suele tratar de agrupar bajo una denominación común a los países de Latinoamérica y el Caribe, en abierto desafío a la división tradicional del continente que pone el acento en la obvia diferencialidad emanada de las

distintas historias y tradiciones culturales que cada uno de nuestros países hereda de su pasado colonial y de su adscripción a diversas metrópolis o ex-metrópolis europeas. Desde la frontera norte de México a las cumbres de la cordillera andina, se extiende un conjunto de sociedades que, en primera instancia y tradicionalmente, han sido agrupadas en correspondencia con los rasgos culturales que heredaron de las respectivas potencias europeas a que estuvieron sometidas, el más evidente de los cuales es la lengua oficial o dominante de cada una. Así, convencionalmente se acepta como válida la clasificación de nuestros países en función de este criterio lingüístico-cultural: Hispanoamérica, Lusoamérica, el Caribe anglófono, el Caribe francófono, el Caribe neerlandófono.

Pero, repetimos, es cada vez más frecuente toparnos con instancias en que, por encima de esa tradicional división interna del continente, se enfatiza más bien la posibilidad de considerar a nuestros países como miembros de un mismo bloque histórico, en atención a las afinidades que muestran nuestras sociedades entre sí, y más allá de las aceptadas fronteras lingüísticas y/o culturales de raíz colonialista. Es este un proyecto de integración del panorama continental que, al trascender lo obvio y establecer el diálogo entre interlocutores aparentemente heterogéneos, nos puede permitir el acceso a una comprensión más profunda de los procesos sociales y culturales de nuestras sociedades en relación con el contexto mundial general y con nuestra propia historia, poniendo de relieve aspectos claves de la dinámica de nuestros países cuyo cabal entendimiento puede ser dificultado u oscurecido si confiamos el análisis a sólo una sección del continente.

De lo que se trata, en breves palabras, es de poner el acento en las semejanzas que unen a nuestros países y no en las diferencias

que nos separan; de enfatizar las similitudes que, aunque no siempre perceptibles a simple vista, pueden resultar muy esclarecedoras a la hora de intentar la comprensión profunda de nuestro proceso nacional y continental, y no las disparidades que, justamente por obvias, tienen poco que aportar en esa indagación. Ese proyecto de comprensión unificadora, en fin, busca señalar y poner de relieve la persistencia en todos nuestros países, en mayor o menor grado, de ciertas estructuras y patrones sociales y culturales comunes —con los matices de las especificidades nacionales de cada caso—; estructuras y patrones que son consecuencia directa de nuestra historia común de sometimiento colonial y neo-colonial y de nuestra situación colectiva ante los centros mundiales del poder.

Por ahora, queremos señalar en particular uno de esos rasgos unificadores, a saber, la existencia en todos nuestros países, en alguna medida, de un conflicto no resuelto entre distintas esferas de la vida social y cultural. La primera de estas esferas muestra una vocación preferente hacia lo europeo-occidental, está asociada a los grupos de poder nacional, es promotora de valores y tradiciones de orientación colonial y/o neo-colonial y usufructúa el circuito de la llamada “alta” cultura o cultura “ilustrada”; la segunda esfera, de constitución mestiza, incorpora y exhibe de manera prominente numerosos elementos de filiación no europea, está asociada a los sectores empobrecidos y dominados de la sociedad, y ostenta su propio circuito cultural diferenciado, el de las llamadas culturas “populares”. Por último, habría que señalar la existencia en muchos de nuestros países de una tercera esfera socio-cultural, correspondiente al elemento indígena “puro”, que está hoy en vías de extinción o más bien de asimilación por la segunda esfera, con lo que el conflicto tiende crecientemente a adoptar la forma de un enfrentamiento bipolar (1) entre dos culturas.

Obsérvese que ese conflicto bicultural, que podríamos definir como característico de Nuestra América, no obedece simplemente a la división clasista de la sociedad: no se trata apenas de la oposición entre la cultura de la clase dominante y la cultura del pueblo, oposición existente en toda sociedad clasista —en toda sociedad—, como fue descrita y caracterizada por Lenin o Gramsci (2). En nuestros países esa división clasista de la cultura queda envuelta y redefinida por otra oposición entre los valores de orientación colonialista y/o neocolonialista y los que buscan la construcción o reivindicación de lo propio nacional; entre la cultura de filiación predominantemente europeo-occidental y las que promueven la incorporación de los elementos de extracción africana o indígena. No estamos, pues, ante el mismo caso de algunos países europeos, en los que las culturas nacionales aparecen escindidas a lo largo de líneas fundamentalmente clasistas, sino ante una situación con perfiles propios en que el antagonismo clasista aparece redimensionado en función de otro enfrentamiento de implicaciones y alcances aún mayores entre una opción subjetivamente colonialista y desnacionalizadora y otra que representa la posibilidad de constituir identidades nacionales auténticas y liberadoras, situación que hace a cada uno de los países de nuestro continente más afín a los demás y, por ciento, a algunos de Africa o Asia, que a nuestras respectivas metrópolis o ex-metrópolis europeas.

Ciertamente, en Nuestra América ambos pares opuestos generalmente coinciden; y así, la cultura de las clases dominantes es también la de orientación procolonialista y europeizante, mientras las de las clases dominadas son a la vez las que incorporan, conservan y cultivan los valores más genuinos de nuestros pueblos, particularmente los de descripción indígena o negra, y las que representan, al menos potencialmente, la alternativa liberadora y

descolonizadora. Pero esta coincidencia —nada accidental ni casual, por cierto— no debe hacernos perder de vista la especificidad del panorama cultural de América, que nos remite a nuestra historia de sometimiento y explotación colonial y neocolonial, que diferencia sustancialmente el conflicto bi- o pluricultural propio de nuestros países del de otras sociedades clasistas, y que a la vez establece una base de homogeneidad y afinidad que se extiende del Cono sur al extremo norte del Caribe por encima de las fronteras lingüísticas, culturales o políticas que nos separan.

Este conflicto cultural básico, especialmente notable y agudo en los países bi- o plurilingües —en los cuales la primera esfera se expresa casi exclusivamente en la lengua heredada de la metrópoli colonial, en tanto las otras dan cabida masivamente al uso de las lenguas indígenas y/o criollas—, genera una tensión que permea, marca y condiciona inevitablemente la vida y el desarrollo general de la sociedad, y que se manifiesta de muy diversas formas en el imaginario nacional. Tal es la fuerza motora que explica, por ejemplo, el carácter heterogéneo de las literaturas de nuestros países, carácter que se hace especialmente notable en ciertos fenómenos literarios peculiares como la literatura indigenista de los países andinos, la gauchesca argentina y uruguaya, el negrismo de los países caribeños y el criollismo de varios países hispanoamericanos, fenómenos que tienen en común el ser acercamientos a la realidad de los sectores populares por intelectuales afiliados a la cultura dominante, desde las perspectivas y supuestos propios de esta cultura y con las herramientas literarias de la tradición europea-occidental. Todos estos fenómenos, establecidos sobre ese conflictivo encuentro entre culturas, cosmovisiones, sistemas de valores y tradiciones enfrentadas, revelan por su propia estructura interna y hasta por el simple hecho de su aparición, las características e intensidad del conflicto a que hacemos referencia (3).

Esa misma tensión no resuelta, que encuentra, como decimos, expresión de muy diversas formas, parece la causa última de la aparición reiterada en nuestras literaturas de ciertos otros esquemas característicos, que no corresponden exactamente al modelo de literaturas heterogéneas al que acabamos de referirnos, pero que ilustran igualmente otros aspectos del conflicto de dualidad socio-cultural de nuestros países. Citemos, como ejemplo, el caso del movimiento de la **négritude** en Martinica y Guadalupe, en que intelectuales provenientes de los sectores dominados, tras ser parcialmente asimilados por la cultura dominante, se tornan hacia el reencuentro con las raíces culturales de sus pueblos y buscan una ruptura limitada y parcial —pero consciente y altamente beligerante— con la cultura de filiación europea y sus valores. Hay, en resumen, diversas fórmulas y modalidades de cristalización literaria del conflicto, determinadas en cada caso por las particularidades específicas que adopta el esquema bi- o pluricultural en cada uno de nuestros países y en cada momento de la historia.

El proceso de constatar las manifestaciones en el campo de lo literario de esa afinidad “estructural” entre nuestras sociedades, nos ofrece la oportunidad de explorar interesantes casos de semejanzas, oposiciones y analogías, tanto entre pares o grupos de obras particulares como entre fenómenos literarios extendidos —movimientos, escuelas, tendencias, líneas temáticas, etc.—, por sobre las fronteras lingüísticas internas del continente. Una de esas posibles exploraciones, por ejemplo, sería el estudio de las relaciones entre el movimiento indigenista de los países andinos y el indigenismo haitiano, análogos tanto en lo estrictamente literario —su condición de literaturas heterogéneas o su simpatía hacia los personajes y elementos culturales no europoides, entre otros rasgos—, como por su inserción dentro de los debates y procesos generales de redefinición del carácter nacional que estaban ocu-

rriendo en los respectivos países en las décadas de 1920 y 1930, y por sus ramificaciones e implicaciones políticas e ideológicas. La analogía se sostiene más allá de que en el contexto peruano o boliviano lo “indígena” refiera a la descendencia de las naciones quechua y aymara, mientras que en Haití ese mismo término haga referencia a los herederos de los antiguos esclavos africanos.

A pesar de lo prometedor de tal línea de investigación de “literaturas comparadas”, es poco, hasta donde sabemos, lo que se ha hecho en este campo, particularmente en lo que se refiere al establecimiento de puntos de encuentro entre la sección hispanoparlante del continente y las secciones caribeñas de adscripción francesa, inglesa u holandesa. Las razones del retraso o descuido de esta línea de investigación pueden ser tan obvias como las dificultades derivadas de la lectura de textos en lenguas extrañas, o tan espinosas como la aceptación sumisa de la fragmentación que nos fue impuesta por el orden colonial —lo que representaría la perpetuación de “áreas de influencia exclusiva” de cada una de las metrópolis, y la subsistencia de un nefasto esquema que tiende a hacernos dialogar con nuestras respectivas “madres patrias” europeas antes que con nuestros vecinos—. En cualquier caso, no nos cabe duda de que, en virtud de ese sustrato de afinidades estructurales que anotamos, tales puntos de encuentro existen e irán siendo eventualmente señalados.

Por nuestra parte, intentaremos en esta oportunidad considerar uno de estos puntos de encuentro. Se trata de un caso de analogía entre dos novelas, extraídas la una de la historia literaria jamaicana y la otra de la boliviana, con cuya confrontación pretendemos ilustrar por la vía del ejemplo, por un lado, la afinidad básica entre las estructuras sociales y culturales de ambos países según

aparecen “reflejadas” en cada libro, y por otro lado, la similitud de la reacción de los respectivos sistemas literarios ante esas estructuras. Se trata, en particular, de las novelas **Banana Bottom** (4) del jamaicano Claude McKay y **La niña de sus ojos** (5) del boliviano Antonio Díaz Villamil, testimonios ambas de la persistencia en los dos países de ese conflicto bicultural de que hablamos y de sus implicaciones en el desarrollo de la vida social, y portadoras ambas de una misma propuesta para sus respectivas sociedades, extensible al conjunto del continente: el mestizaje cultural.

Hablamos de dos novelas y de dos autores que, aunque tal vez poco conocidos fuera de sus respectivos contextos, constituyen hitos importantes dentro de las historias literarias boliviana u jamaicana. McKay (1890?-1948), que por años fue considerado como un escritor norteamericano —residió buena parte de su vida en los Estados Unidos y desarrolló allí casi toda su carrera literaria—, es en la actualidad reconocido como un autor esencialmente jamaicano, absolutamente representativo —incluso por el propio hecho de su emigración— del proceso social y cultural característico de su país natal. En la mayor parte de sus obras muestra su interés por el tema de la experiencia general del hombre negro en sociedades dominadas por el blanco; pero en algunas de ellas, notablemente en sus dos primeros poemarios —**Constab Ballads** (1912) y **Songs of Jamaica** (1912), escritos en creole jamaicano—, en algunos de los cuentos del libro **Gingertown** (1933) y en **Banana Bottom**, se ocupa en particular de diversos aspectos del conflicto racial-social-cultural específico de Jamaica y de la vida y la cultura de la población negra rural de este país. Es por estas últimas obras que McKay es identificado como el antecedente más destacado y uno de los primeros y más importantes representantes del tipo de literatura reivindicativa de lo popular que habría de constituirse pocos años

después en uno de los paradigmas centrales de todas las literaturas anglocaribeñas (6).

Por su parte, Díaz Villamil (1896-1948), dramaturgo y periodista además de novelista, es uno de los escritores bolivianos más reconocidos de los años 30 y 40, y es apreciado como uno de los abanderados en su época de un cierto arte "nacionalista" de corte costumbrista que, frente al indigenismo romántico e idealizante y al positivismo racista y condenatorio, buscaba a la sazón realzar las figuras típicas de los ambientes mestizos populares. En este sentido, resultan notables algunas de sus obras de teatro y sobre todo su novela **La niña de sus ojos**, hoy en día plenamente admitida por el canon oficial y hasta considerada material de lectura escolar. Esta novela ha alcanzado numerosas ediciones y es una de las muestras literarias más destacadas de ese arte nacionalista (7).

II

Banana Bottom es la última novela de Claude McKay y, en más de un sentido, la culminación de toda su obra. En ella, McKay, el primer escritor negro profesional en todo el Caribe anglófono, invierte el esquema dominante en la literatura de sus antecesores y contemporáneos en la historia literaria jamaicana —blancos todos ellos—, presentándonos no el intento —casi siempre total o parcialmente fallido— de integración de los sectores populares a la cultura dominante, sino por el contrario el reencuentro de estos últimos con sus propios valores. Desde principios de siglo, algunos novelistas jamaicanos como Herbert De-Lisser, habían mostrado interés por recrear en sus obras la vida, el ambiente, las costumbres y el lenguaje del pueblo llano, pero desde la perspectiva de los sectores dominantes, con una nítida toma de partido contra los

valores, la cultura y el modo de vida popular, y con frecuencia con una franca vocación racista y pro-colonialista. Frente a esos antecedentes, **Banana Bottom** es una de las primeras obras de ficción que asumen a plenitud y conscientemente la reivindicación de las culturas populares de las Antillas inglesas, y constituye en este sentido parte de la avanzada de un movimiento de afirmación nacional, racial y cultural que recorrería las literaturas de todo el Caribe a partir de los años 40.

Bitá Plant, el personaje protagónico de la novela de McKay, es una muchacha negra nativa del caserío rural de Banana Bottom, que es acogida por los Craig, una pareja de religiosos blancos, y enviada con la anuencia de su familia a Inglaterra, donde recibe una esmerada educación a la europea por varios años. La novela comienza con el retorno de Bitá:

Bitá había tenido siete años de correcta y gentil formación. Y nunca había tenido algún contacto con su hogar o sus gentes durante esos años. Y ahora estaba allí, una verdadera dama joven, vistiendo una traje largo de princesa y con su cabello arreglado a la moda (8).

El proyecto de los Craig es probar, con la conversión de Bitá desde el estado de una simple campesina hasta el de una refinada señorita de sociedad, la posibilidad de “regeneración” y “civilización”—esto es, de europeización— de toda la “raza negra”. Así, Bitá deviene, en las aspiraciones de los misioneros, una especie de prototipo, de modelo para un proyecto mayor de transformación de la vida “simple” y “salvaje” de toda la comunidad negra campesina. Pero poco después de su regreso, se hace visible que Bitá no busca un lugar en el orden europeizado dominante, y por el contrario, tras una educación a la británica y una permanencia en Europa que la colocaban en condiciones de reclamar su incorporación a la cultura

dominante, opta por reencontrarse con los valores de la comunidad negra rural en que nació.

Banana Bottom nos narra un conflicto de dualismo cultural planteado entre lo “popular” y lo “ilustrado”, entre lo rural y lo urbano, esto es, entre lo blanco-europeo y lo negro-jamaicano. La heroína de la novela se ve envuelta precisamente en el centro de ese conflicto tras su regreso de Europa: de un lado, todos esperan de ella que se comporte según los patrones de la civilización “superior” a la que ahora supuestamente pertenece y que rechace o tenga a menos los del entorno negro rural en que nació; pero del otro, la inconsistencia de esos mismos patrones culturales “superiores” se hace cada vez más evidente para Bitá, quien gradualmente va deslastrándose de gran parte de su educación británica y reencontrándose consigo misma, con su pueblo y con sus más genuinos valores.

Los Craig han previsto casar a Bitá con otro de sus proyectos, Herald Newton Day, estudiante de teología y aspirante a suceder a la pareja de misioneros en su cargo, grotesco personaje que representan la servil asimilación de la cultura dominante. Herald, discípulo predilecto y orgullo de los misioneros, se considera a sí mismo casi un blanco: ha copiado miméticamente los modales, el discurso, las aspiraciones y los prejuicios de los blancos, y ha optado decididamente por el mundo de éstos, despreciando el de sus semejantes, que es en su concepto inferior y primitivo. Bitá, en cambio, es capaz de tomar distancia de los prejuicios que le han sido imbuidos con su educación y de descubrir la belleza y el valor de la vida de los campesinos y de sus costumbres y manifestaciones culturales. El enfrentamiento de carácter entre ambos personajes se hace inminente:

“¡Señor Day!” gritó Bitá. “Esta no es la primera vez que Ud. ha usado la frase “hombre blanco” en ese detestable sentido. Déjeme decirle ahora mismo que una persona blanca es sólo como cualquier otro ser humano para mí (...) Me siento orgullosa de ser de color y diferente, tal como cualquier blanco inteligente se sentiría de ser blanco...”

“Oh, yo no quise ofenderla, Bitá”, dijo Herald Newton. “(...) No quise hacer una comparación desfavorable entre blancos y negros. Sólo quise decir que apenas estamos comenzando a aprender de ellos, que están todos muy por delante de nosotros, más modernos y avanzados y todo, Ud. sabe...” (p. 169)

Y por fin, tras un grotesco episodio que expone y ridiculiza públicamente a Herald, éste debe huir, liberando a Bitá de los planes matrimoniales que han fraguado los Craig. Desde ese momento, la distancia entre la protagonista y sus mentores se va acentuando.

Otro interesante personaje es Gensir, un aristócrata blanco amante de la música y la poesía, que prefiere vivir alejado de su propia gente y en contacto con los campesinos. Gensir, un librepensador que se burla de los prejuicios y normas de los de su clase, ayuda a Bitá en su proceso de redescubrimiento de lo popular. Juntos, acuden a fiestas y eventos sociales campesinos, en los que Bitá se entrega gozosamente al baile y la música populares:

Su cuerpo estaba tibio y deseoso de unirse a ese baile nativo de cuadrilla. Le pareció más natural que los valeses y minuetos, aunque también éstos le gustaban en una atmósfera más artificial (p. 84).

Juntos, Bitá y Gensir reflexionan sobre la literatura y las tradiciones campesinas, y es paradójicamente el inglés quien reivindica con mayor vigor la riqueza de valores de la cultura popular, supuestamente inferior. Dice Gensir:

Y su folclore es el vínculo espiritual entre ustedes y sus orígenes ancestrales. Tienen que aprender a apreciarlo como yo aprecio el mío. Mi mente es más rica gracias a que he conocido la cultura de ustedes... (p. 125).

Galvanizada por su encuentro con Gensir y liberada del fardo de su noviazgo con el repelente Herald, Bitá marcha decididamente hacia la resolución de su conflicto personal.

Tras sobreponerse a un período de coqueteos con un don Juan local —episodio que marca la ruptura de Bitá con la señora Craig, dolorosamente sorprendida y avergonzada por la rebeldía y la sensualidad de la muchacha, rasgos que la religiosa atribuye a las supuestas tendencias atávicas de la “raza negra”—, Bitá conoce a Jubban, un campesino orgulloso y progresista, emprendedor y laborioso, dispuesto a luchar por sus derechos y a no dejarse dominar por nadie. El matrimonio y la posterior paternidad de Jubban y Bitá culminan la trama y representan simbólicamente la propuesta de la novela: la síntesis creadora de lo mejor de ambos mundos; la sumatoria de los productos de ambas culturas, en tanto que patrimonio colectivo de toda la humanidad y no posesión particular de uno u otro sector; y por encima de todo, el respeto a la dignidad y al valor propio de cada cultura y de cada individuo:

Ella no deseaba que Jubban fuera distinto de lo que era, ni experimentaba ninguna urgencia por la elegancia y el refinamiento que los profetas locales dijeron que una persona educada como ella echaría de menos. (...) El aceptaba con una gracia natural el hecho de que ella lo superara en las cosas para las que había sido educada, como él la superaba en el trabajo para el que había sido entrenado.

La música, la lectura, el pensamiento eran las flores de la inteligencia de Bitá, y él era la sólida raíz en la tierra a la que ella estaba injertada, ambos nutridos por el mismo suelo. (p. 313).

III

La niña de sus ojos de Antonio Díaz Villamil forma parte dentro de la narrativa boliviana de una corriente literaria que traslada su foco desde el polo indígena “puro” de la sociedad —que es el objeto fundamental del paradigma de la narrativa indigenista clásica— hacia los sectores mestizos, “cholos”, a medias integrados a la sociedad urbana —aunque, desde luego, sólo a sus niveles inferiores— sin haber perdido en modo alguno el contacto con el sustrato indígena del que surgen ni los rasgos y conductas que los estigmatizan ante los ojos de las clases dominantes. Se trata de una línea narrativa que, reconociendo la inviabilidad de la posición indigenista radical como proyecto social, pero consciente a la vez de que la sustitución completa de los valores tradicionales del pueblo boliviano por otros importados en nombre del progreso o la civilización traería un desajuste irreparable en el perfil nacional, opta por la exploración de la vida de los mestizos, presentidos e implícitamente propuestos como la probable fuente de una nueva identidad nacional más orgánica e integrada.

En esta novela, una vez más nos encontramos con el conflicto bicultural característico de nuestras sociedades, esta vez planteado entre los sectores urbanos, blancos, occidentalizados y pudientes de la ciudad de La Paz y los sectores populares, mestizos e indígenas, de extracción rural y subordinados al poder de los primeros. Domitila ha sido sometida —por la voluntad de su madre, empeñada en hacer de ella una señorita— a una educación aristocrática en un selecto colegio de la ciudad. Pese a su origen humilde, doña Saturnina ha alcanzado una cierta holgura económica gracias a su trabajo diario en el mercado de frutas; y el único objeto de sus esfuerzos es precisamente poder ofrecer a Domitila, a quien quiere como a “la

niña de sus ojos”, la clase de educación y la forma de vida propios de los sectores pudientes. Así, Domitila pasa doce años de su vida internada en el colegio, en contacto con condiscípulas provenientes todas de la clase pudiente, asimilando los valores, costumbres y anhelos de los ricos:

Para inmensa satisfacción de Doña Saturnina, los doce años que su hija pasó en el internado cumplieron con creces su objeto. La plástica índole de la niña se había amoldado perfectamente a los hábitos, manera y refinamientos de aquel medio educacional (9).

Para concluir sus estudios, tras largos años prácticamente sin ningún contacto con los toscos y plebeyos padres, “inferiores a ella en cultura, inferiores en calidad social, burdos de sensibilidad, de lenguaje incorrecto y hasta ridículo y de costumbres groseras” (p. 21), Domitila debe regresar a su ambiente natal, a la vida de los cholos; y entonces, pese a los esfuerzos de los padres que se esmeran en tratar de complacer a la muchacha, el conflicto estalla: Domitila se encuentra incómoda, fuera de lugar y desorientada en el hogar paterno; perdidas sus amistades y su pretendiente, definitivamente distanciados de ella por las diferencias sociales; sin poder compartir sus gustos y aficiones con nadie a su alrededor; molesta y hasta asqueada por las costumbres de sus padres, que ella encuentra groseras y repugnantes; y rechazada por muchos de los miembros de su nuevo entorno, los vecinos y conocidos de su familia. No es de extrañar que a los pocos días Domitila quede postrada por una extraña enfermedad que ningún médico, brujo o curandero puede remediar, y que resultará ser la aguda depresión emocional resultante del brusco choque cultural que había sufrido y de la convicción de que jamás podría regresar al ambiente social para el que había sido educada y al que anhelaba volver:

Era una profunda y absoluta inconforme con su ambiente de ahora. Cuanto más luminosos habían sido los mirajes a que se acostumbrara desde el colegio (...) más tenebrosas eran las sombras que ahora la rodeaban, cuanto más exquisita se formó su alma en el internado de su añorado colegio, más brutal fue el empujón que este otro mundo grosero le había propinado en el alma (pp. 126-127).

Sólo la intervención del doctor Joaquín Arenal logra hacerla reaccionar, y no en virtud de sus conocimientos médicos sino de su comprensión del conflicto en que estaba atrapada la muchacha. El doctor Arenal, víctima él también a su vez de un conflicto similar por el choque entre sus inclinaciones sencillas y su vocación por los humildes y las exigencias de su pretenciosa y remilgada esposa francesa, está en condiciones de penetrar en el alma de la paciente y descifrar su conflicto. Por recomendación de Arenal, Domitila rompe su reclusión, sale de su habitación y trata de distraerse; se reencuentra con algunos viejos conocidos del colegio que se muestran lo suficientemente liberales y desprejuiciados como para relacionarse con una chola y hasta conoce a un hombre distinguido, rico y atractivo que muestra interés en ella. Por medio de sus nuevas relaciones, Domitila tiene la oportunidad de rodearse otra vez del ambiente que conoció y vivió durante sus estudios; pero al mismo tiempo, se le comienza a revelar el lado oscuro de ese ambiente "civilizado" que hasta ahora ella había tenido por superior al suyo propio: presencia la degradación moral de los ricos, asiste a la manifestación de sus vicios, sus debilidades, sus egoísmos:

Domy se quedó inmóvil y pensativa. En su espíritu, ya tan nutrido de duras experiencias, quedó catalogada esta otra lección que le daba el mundo. Consideró cómo aquellas gentes que se creían distinguidas y que por mantener incontaminada esa distinción le enrostraban siempre que podían su origen plebeyo, estaban allí, zarandeadas por vicios tan bajos y censurables (p. 150).

Más adelante, a su progresivo desencanto ante la alta sociedad se sumarán dos nuevas experiencias: primero, Cristián el caballero distinguido que ha estado cortejándola, intenta abusar de ella; y luego, Ramiro, su primer novio, hermano de su mejor amiga en el colegio, reaparece sólo para insultarla y proponerle una relación amorosa ilegítima.

Así comienza el giro que enfilará a Domitila hacia su reencuentro con sus raíces familiares y hacia la superación de su conflicto de alienación cultural. Tras la decepción que sufre ante la exposición de las lacras de la sociedad a que ella anhelaba pertenecer, Domitila busca forjar un proyecto a que entregar su vida, un ideal que le devuelva el sentido a su existencia. Y lo encuentra con una comunidad de indígenas proveedores de la venta de frutas y hortalizas de su madre. De inmediato y sin vacilación, Domitila desempolva sus conocimientos de la lengua indígena que había conocido desde la infancia y se dispone a servir como maestra en la remota comunidad rural. Allí, en contacto con los más sencillos, despreciables incluso para los cholos como sus padres, Domitila aprende tanto como enseña; diseña y dirige planes para mejorar las condiciones de vida de la empobrecida comunidad, planes dictados por su buen juicio y su saber, pero obtiene a cambio un nuevo conocimiento de los valores humanos, de la honestidad, la humildad y la decencia de que los indígenas hacen gala en contraste con la mezquindad y la bajeza de la vida urbana; imparte a sus discípulos las nociones y hábitos "modernos" que juzga de utilidad y provecho para la comunidad, pero respeta y hasta estimula ciertas costumbres indígenas que le parecen apropiadas y hasta superiores a las urbanas:

Cada día buscaba nuevas formas y medios para afirmar y completar su plan de superación, pero, todo dentro de un límite

razonable y real, tal como se lo enseñaban la tierra, el clima, la tradición y la raza. Así, por ejemplo, no le pareció acertado alterar la vestimenta típica y sólo se esforzó en conseguir limpieza y decencia. Los trajes, los ponchos, los gorros, las polleras, los aguayos, los taris, ¿para qué habían de ser sustituidos por otras prendas exóticas e inadecuadas a ese ambiente? ¿Por qué habían de ser suprimidos o modificados si habían sido impuestos por la tradición y la experiencia de innumerables generaciones y si sus formas, material y colorido habían sido sabiamente adecuados al ambiente? (p. 234).

Con los indígenas, Domitila logra, en fin, un cierto equilibrio entre esos dos mundos hasta ahora en conflicto, y logra así un cierto grado de felicidad personal, que vendrá a ser perfeccionada cuando, en las últimas escenas de la novela, el doctor Arenal —que la había salvado de su depresión y con quien había desarrollado una accidentada amistad desde entonces— liberado ya de la esposa extranjera con quien no logró congeniar, le proponga matrimonio y decida instalarse como médico rural en la misma comunidad. Domitila acoge como madre al hijo de Arenal, que será un “símbolo de la sublime comprensión de almas que se está operando en esta tierra” (p. 268). Se cierra así la trama de la novela y se deja claramente enunciado un proyecto de regeneración de la sociedad que pasa por la renuncia a la europeización compulsiva y a la imposición de modelos importados, y por el reencuentro y asunción de todo lo valioso que pueda aportar cada uno de los componentes del cuerpo nacional.

IV

Desde luego, hay entre las dos novelas consideradas un cúmulo de obvias diferencias en el abordaje, tratamiento y desarrollo de sus respectivos asuntos. La Bitá de **Banana Bottom**, por ejemplo, se muestra desde los primeros momentos de su reinserción mucho más dispuesta a aproximarse a lo popular, mucho más fuerte y segura de sí misma y mucho menos ingenua en su valoración de la cultura dominante que Domitila, la figura principal de **La niña de sus ojos**, ciegamente convencida de la superioridad del mundo urbano occidentalizado, del que sólo comienza a dudar tras sus reiteradas decepciones y fracasos. Pero lo que deseamos poner de relieve, más allá de las lógicas diferencias, son las sorprendentes similitudes entre las situaciones y conflictos planteados en ambos casos, y sobre todo, entre las resoluciones que proponen los dos textos.

Veamos: en ambos casos encontramos una joven de extracción popular que, por la acción directa o el expreso consentimiento de sus padres, se ve separada por largos años de su medio familiar y su entorno cultural nativo, y es sometida a un proceso de aculturación y reeducación a fin de ajustarla a las normas y patrones del medio social y cultural de los sectores dominantes. Y en ambos casos, tras recibir una educación “moderna” y occidentalizada, las heroínas se encuentran de regreso en su respectivo lugar natal, viviendo en carne propia y personificando el conflicto bicultural característico de nuestras sociedades. Atrapadas entre la educación “superior” que han adquirido y la realidad en que viven cotidianamente; entre las expectativas de quienes esperan de ellas que actúen y vivan en correspondencia con los patrones de la cultura “superior” y su propia decepción ante la falsedad y la inconsistencia de esa cultura;

entre los prejuicios que las pretenden alejar de lo popular y su progresivo redescubrimiento de los valores y bondades de la gente sencilla y su cultura, Bitay y Domitila se encuentran ante la angustiada necesidad de redefinir sus vidas intentando conciliar esas fuerzas en pugna. Y por último, aunque por diferentes caminos y tras metamorfosis disímiles, ambas terminan felizmente instaladas en comunidades rurales, tras haber roto con el modelo de vida en que fueron formadas y tras haber aprendido a estimar y valorar lo popular, buscando una síntesis apropiada que incorpore todo lo bueno de ambas esferas culturales.

Nótense la similitud de las tramas y la semejanza de los esquemas socio-culturales que nos muestran las dos novelas, y adviértase la cercanía de las soluciones propuestas en cada caso al conflicto, que más que respuestas para los problemas individuales de las heroínas son proyectos de refundación de nuestras sociedades sobre bases más genuinas y menos impostadas, más legítimas y cercanas al carácter de nuestros países, y, sobre todo, más propicias para la definitiva ruptura del orden colonialista y la instauración de modelos sociales y culturales liberadores. Vale la pena llamar la atención acerca del cambio de signo que representan estos proyectos contenidos en las novelas que revisamos frente a las propuestas implícitas o explícitas de buena parte de nuestras literaturas, que, apresadas con demasiada frecuencia por la trampa del sistema de valores “civilización vs. barbarie”, optan decididamente por lo europeo-occidental —entendido dentro de esa oposición como el deseable y progresista— y desechan rotundamente los elementos populares negros o indígenas —correspondientes dentro de ese mismo sistema al polo conceptualizado como negativo, indeseable o retrógrado—. Los ejemplos de esta última clase abundan, desde el socorrido **Facundo** (1845) del argentino Sarmiento (1811-1888) a

las novelas del trinitario Vidiadhar S. Naipaul (1932), de la **Doña Bárbara** (1929) del venezolano Gallegos (1884-1969) a las obras del jamaicano Herbert G. DeLisser (1878-1944).

Obsérvese además, en este mismo sentido, el giro que representan **Banana Bottom** y **La niña de sus ojos** frente a una tradición continental de más de cien años que había puesto énfasis en la educación como cura para los males de nuestros países, como fuerza civilizadora capaz de regenerar al conjunto de la sociedad y, según algunos autores, capaz incluso de redimir a las “razas” no europeas, conceptuadas por esa misma tradición como “inferiores”. Pero en las dos novelas que consideramos, la educación recibida por Bitá y Domitila, al poner en evidencia las tensiones del desarticulado entorno social de ambas protagonistas, lejos de servir como panacea salvadora se convierte en el elemento detonante del conflicto. Estamos, pues, frente a dos muestras de una suerte de desencanto ante el proyecto ilustrador europeizante que promulgaron las generaciones precedentes, desencanto que, vale la pena señalarlo, parece ser un fenómeno que ocurre con alguna frecuencia entre los intelectuales de la promoción de McKay y Díaz Villamil (10): ya no se confía ciegamente en los poderes sanadores de la enseñanza, y los nuevos proyectos, aunque reconociendo las bondades de la ilustración, se orientan también hacia la recuperación de otras fuerzas y valores, latentes en el seno de nuestros pueblos y relegados hasta ahora.

En breves palabras, podríamos resumir la propuesta de las dos novelas como la necesidad de asumir y reconocer la condición mestiza de nuestras sociedades, única posibilidad de superar el conflicto de dualismo cultural y de abrir caminos hacia la constitución de identidades nacionales más coherentes e integradoras. Y más aún, en ese proceso de reconocer y asimilar todos los elementos

constitutivos de nuestras sociedades —de origen europeo, africano, amerindio o hasta asiático—, tenemos que aprender a aprovechar las ventajas de esa condición mestiza, que nos ofrece la oportunidad de nutrirnos al mismo tiempo de varias tradiciones culturales diferentes. Es tal la importancia de este asunto, que podríamos afirmar que el futuro de nuestros países radica en esa posibilidad: o aprendemos a ser mestizos o nos diluimos desintegrados por nuestras tensiones internas y absorbidos por el expansionismo de las culturas hegemónicas mundiales.

Pero que quede claro que al hablar de mestizaje no lo hacemos en el sentido biológico y racial de los positivistas, sino en un sentido étnico-cultural(11). De hecho, Bitá es negra pura y Domitila en cambio es de sangre mixta, distinción que habría sido muy tenida en cuenta por el positivismo, pero que en el contexto de las novelas que nos ocupan no parece constituir una diferencia significativa: el conflicto de ambas es básicamente el mismo independientemente de las particularidades locales de cada caso, y las respectivas soluciones son, como hemos visto, muy similares.

Lo que nos remite, para concluir, a la constatación de ciertas notables semejanzas entre las estructuras socio-culturales fundamentales y los respectivos sistemas literarios de dos países aparentemente tan disímiles como Bolivia y Jamaica, semejanzas que sobrepasan las diferencias atribuibles a las historias dispares, a la herencia lingüística y cultural recibida por cada país de su respectiva metrópoli colonial y a la distinta composición racial de las dos sociedades. Y que en última instancia, nos sugieren la existencia de un sustrato de afinidades básicas que arroja a todo el continente, suerte de bastidor sobre el cual tejer los hilos que articulan e interrelacionan las distintas secciones de Nuestra América.

Notas:

- 1.- Hubo en el pasado algunas propuestas de restauración del elemento indígena, considerado como modelo potencial para la reorganización de nuestras sociedades y la redefinición de lo nacional. Tal fue el caso, por ejemplo, de Luis E. Valcárcel (1891- 1987) en el Perú, cuyo libro **Tempestad en los Andes** (1927) proponía el restablecimiento del inkario. Pero lo cierto es que tal extremo nunca fue una alternativa realista capaz de influir decisivamente en el desarrollo general de la sociedad. El conflicto, pues, se plantea fundamentalmente entre las dos esferas principales, la europeoide y la mestiza, que sí son portadoras —explícitas o implícitas, reales o potenciales— de sendos proyectos nacionales viables (aunque no igualmente deseables).
- 2.- Lenin advertía que: “En cada cultura nacional existen, aunque no están desarrollados, elementos de cultura democrática y socialista, pues en cada nación hay masa trabajadora y explotada (...) Pero en cada nación existe asimismo una cultura burguesa (...), y no simplemente en forma de “elementos” sino como cultura dominante”. Cf. Vladimir I. Lenin. “Notas críticas sobre la cuestión nacional”. En: **La literatura y el arte**. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1974: p. 100.
- 3.- Para más acerca del concepto de “literaturas heterogéneas”, cf.: Antonio Cornejo Polar. **Sobre literatura y crítica latinoamericanas**. Caracas: Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, 1982.
- 4.- 1a. ed. New York: Harper & Row Publishers, 1933.
- 5.- 1a. ed. La Paz: Fundación Universitaria “Simón I. Patiño”, 1948.
- 6.- Es justicia mencionar también, igualmente en calidad de precursores de esta línea literaria, a los trinitarios Cyril L. R. James (1901), autor de la novela **Minty Alley** (1936), y Alfred H. Mendes (1897), autor de **Pitch Lake** (1934) y **Black Fauns** (1935).
- 7.- Otro ejemplo notable de esta vertiente es la novela **La chaskañawi** (1947) de Carlos Medinaceli (1902-1949), coincidente en muchos aspectos con la de Díaz Villamil.

- 8.- Claude McKay. **Banana Bottom**. New York: Harcourt-Brace-Jovanovich, s/d: p. 1. Todas las citas de la novela han sido tomadas de esta edición. Las traducciones son nuestras. FAG.
- 9.- Antonio Díaz Villamil. **La niña de sus ojos**. Cochabamba: Los tiempos-Los amigos del libro, 1988: p. 74. Todas las citas de la novela son tomadas de esta edición.
- 10.- considérense, entre otros posibles ejemplos, los casos de las novelas **Minty Alley** de C.L.R. James y **La Chaskañawi** de Carlos Medinacelli, cuyos protagonistas—el joven Haynes y Adolfo Reyes, respectivamente—, tras recibir una educación “moderna” de alto nivel, también se vuelven hacia los sectores populares de sus respectivas sociedades y descubren en ellos una vitalidad y un conjunto de valores que los seducen y los llevan a replantearse su vida. Haynes y Adolfo son, pues, en un cierto sentido, las contrapartes masculinas de Bitá y Domitila.
- 11.- El peruano José María Arguedas (1911-1969), convencido de la creciente importancia del mestizaje en nuestras culturas nacionales, afirmaba que: “... en estos siglos, no sólo una [cultura] ha intervenido sobre la otra, sino que como resultado de la incesante reacción mutua ha aparecido un personaje, un producto humano que está desplegando una actividad poderosísima, cada vez más importante: el mestizo. Hablamos en términos de cultura; no tenemos en cuenta para nada el concepto de raza. Quienquiera puede ver en el Perú indios de raza blanca y sujetos de piel cobriza, occidentales por su conducta”. Cf.: José María Arguedas. “El complejo cultural en el Perú”. En: **Formación de una cultura nacional indoamericana**. México: Siglo XXI editores, 1975: p. 2.